

Lynn Hunt

Historia

¿Por qué importa?

Traducción de Victoria León Varela



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *History. Why It matters*

Esta obra ha sido publicada por primera vez en 2018 por Polity Press. Esta traducción ha sido publicada por acuerdo con Polity Press Ltd., Cambridge

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Lynn Hunt, 2018

El derecho de Lynn Hunt a ser identificada como la autora de esta obra ha sido confirmado por ella de acuerdo con la Ley de Copyright, Diseños y Patentes de 1988.

© de la traducción: Victoria León Varela, 2019

© Alianza Editorial, S.A., Madrid, 2019

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9181-518-1

Depósito legal: M. 9.681-2019

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

9	1. Ahora más que nunca
10	Las mentiras
14	Los monumentos
19	Las controversias sobre los libros de texto
27	Las guerras de la memoria
32	Historia pública y memoria colectiva
39	2. La verdad en la historia
40	Los hechos
47	Las interpretaciones
51	Verdad histórica y eurocentrismo
63	Verdades provisionales
69	3. La política de la historia
70	La historia de la élite
74	La primera brecha
77	Abriendo las puertas
86	Historia y ciudadanía
97	4. El futuro de la historia
98	La historia global
110	La ética del respeto
123	Lecturas complementarias
129	Índice onomástico y de contenidos

1. Ahora más que nunca

Allá donde miremos, la historia es objeto de controversia. Los políticos mienten acerca de los hechos históricos; diferentes colectivos se enfrentan por el destino de ciertos monumentos históricos; los gobiernos vigilan celosamente el contenido de los libros de texto de historia y las comisiones de la verdad proliferan por todo el globo terráqueo. Como demuestra el rápido aumento de los museos históricos, vivimos una época obsesionada por la historia, pero también unos tiempos de profunda inquietud acerca de la verdad histórica. Si tan fácil es mentir sobre la historia, si tanto diferimos unos de otros acerca de aquello que los monumentos o los libros de texto de historia deberían transmitir, y si son necesarias esas comisiones para desenterrar la verdad sobre el pasado, ¿cómo es posible fundar cualquier tipo de certeza sobre la historia? ¿Hemos creado lugares históricos y sociedades históricas con el objeto de provocar, de consolar, o

acaso, simplemente, de entretener? ¿Cuál es el fin de estudiar la historia? El presente libro expone esas preguntas y ofrece también algunas maneras de responderlas. No resolverá todos los dilemas que plantea; pues la historia es por definición un proceso de descubrimiento y no un dogma establecido. Pero tal vez consiga demostrar, al menos, por qué la historia importa ahora más que nunca.

Las mentiras

En uno de los más preeminentes ejemplos de falseamiento de la historia, el promotor inmobiliario Donald Trump atrajo la atención pública en 2012 al insinuar que el por entonces presidente Barack Obama no había nacido en Estados Unidos y, en consecuencia, había sido elegido de forma ilegítima. Cuando Obama mostró su certificado de nacimiento, que confirmaba que había nacido en el estado de Hawái, Trump no vaciló ni un segundo en responder que este podía ser fraudulento a pesar de no poseer ninguna prueba de su falsificación¹. Luego, durante la campaña presidencial de 2016, cambió de rumbo abruptamente y admitió que Obama había nacido en Estados Unidos. Y entonces se atribuyó el mérito de haber puesto fin a una controversia que él mismo había ayudado a fabricar. Es esta una falsa polémica que atrae

1. Josh Voorhees, «All of Donald Trump's Birther Tweets» (Slate.com, 16 de septiembre de 2016). Disponible en: www.slate.com/blogs/the_slatest/2016/09/16/donald_trump_s_birther_tweets_in_order.html.

ya cada vez menos devotos; sin embargo, otras perduran. Y ninguna es tan notoria como la de la negación del Holocausto.

Tanto políticos como algunos escritores de la extrema derecha europea han buscado sus quince minutos de fama negando la realidad del asesinato premeditado de seis millones de judíos entre 1933 y 1945. Una negación que puede adoptar distintas formas: desde afirmar que el número de muertes fue muy inferior al de seis millones, o que Hitler y los nazis no contaban con planes oficiales para cometer un genocidio, hasta sostener que las cámaras de gas nunca existieron. La negación del Holocausto se ha convertido en un modelo para quienes pretenden mentir sobre la historia; sus partidarios sencillamente se niegan a admitir la validez de los testimonios de primera mano de las víctimas y de quienes liberaron los campos de concentración, así como la posterior y exhaustiva investigación histórica que ha logrado establecer los nombres y las cifras de los asesinados y rastrear con detalle atroz los medios y los motivos de sus responsables.

Aunque los historiadores puedan discutir (y, de hecho, discuten) sobre la mejor manera de interpretar el Holocausto, ningún investigador serio, como tampoco ningún lector serio de historia, puede poner en duda la verdad de que aquellos asesinatos fueron deliberados y se produjeron a una escala masiva. Pero, aun así, a pesar de las repetidas refutaciones basadas en cantidades ingentes de documentación; a pesar de los ejemplares esfuerzos alemanes, tanto oficiales como no oficiales, por asumir aquellos crímenes, la negación del Holo-

causto sigue propagándose por Europa y el resto del mundo, con frecuencia a través de medios sociales como Facebook². Y recibe sólido apoyo en los más altos niveles de ciertos gobiernos de Oriente Medio a los que resulta útil como parte de su política anti-Israel. El 14 de diciembre de 2005 el presidente iraní Mahmud Ahmadineyad calificó de «mito» el Holocausto. Luego la agencia de noticias oficial iraní eliminó aquellas palabras de la transcripción de su discurso, como si nunca hubieran sido dichas, sustituyendo así una mentira por otra³. Pero las negaciones del Holocausto, por disparatadas o carentes de fundamento que sean, han tenido su efecto: un sondeo internacional realizado entre finales de 2013 y principios de 2014 demostró que entre habitantes de Oriente Medio y el Norte de África solo una quinta parte de quienes habían oído hablar del Holocausto creía que fuera cierto lo que afirman los testimonios históricos⁴.

El falseamiento descarado de la historia se ha hecho hoy más frecuente debido a la influencia de los medios sociales. La red informática mundial (World Wide Web) ha permitido que los falseamientos históricos florez-

2. Carole Cadwalladr, «Antisemite, Holocaust Denier... yet David Irving Claims Fresh Support» (*The Guardian*, 15 de enero de 2017). Disponible en: www.theguardian.com/uk-news/2017/jan/15/davidirving-youtube-inspiring-holocaust-deniers.

3. Karl Vick, «Iran's President Calls Holocaust 'Myth' in Latest Assault on Jews» (*The Washington Post*, 14 de diciembre de 2005). Disponible en: www.washingtonpost.com/wp-dyn/content/article/2005/12/14/AR2005121402403.html.

4. Emma Green, «The World is Full of Holocaust Deniers» (*The Atlantic*, 14 de mayo de 2014). Disponible en: www.theatlantic.com/international/archive/2014/05/the-world-is-full-of-holocaust-deniers/370870/.

can en la medida en que en la virtualidad de Internet cualquiera puede publicar bajo cualquier nombre sin escrutinio previo y sin sanción posible. Las afirmaciones más extravagantes se extienden ampliamente y obtienen, solo por ello, un considerable grado de credibilidad. Y, ante esta situación, insistir en la verdad histórica ha llegado a convertirse en un acto necesario de coraje cívico.

Los historiadores raras veces son objeto de amenazas de muerte, las fetuas o los asesinatos reales que penden sobre periodistas, novelistas y opositores en demasiados sitios, pero a menudo se han visto en el centro de la controversia. Los historiadores conocidos por insistir en verdades inconvenientes no son del agrado de los gobiernos autoritarios. El popular historiador francés Jules Michelet fue destituido de su puesto de profesor por el gobierno de Luis Napoleón Bonaparte en 1851 porque los estudiantes solían salir de escuchar sus trepidantes lecciones gritando proclamas en contra del gobierno. La policía infiltró agentes encubiertos para que asistieran a ellas, y puso en circulación copias manipuladas de apuntes de sus clases con el propósito de dañar su reputación. Varios colegas de Michelet, en una muestra de cobardía, convinieron en censurar su magisterio para allanar el camino a la actuación del gobierno. Y, finalmente, fue destituido de su puesto en los Archivos Nacionales por negarse a prestar juramento de lealtad tras el golpe de estado que dio Luis Napoleón cuando la Asamblea Nacional se negó a concederle la ampliación de su mandato. Pese a todo, Michelet tuvo mejor fortuna que los centenares de opositores que fueron arrestados y trasladados

por la fuerza a la colonia penal de Cayena en la Guayana Francesa⁵.

Tal como muestra el ejemplo de Michelet, incluso los historiadores más respetados en condiciones normales pueden verse en la línea de fuego cuando llegan tiempos de crisis política o internacional. En 1940, la revista *Time* informaba de que el autor de un popular libro de texto de historia, Harold Rugg, había sido acusado de ser un comunista que describía Estados Unidos como una tierra de desigualdad de oportunidades y conflicto social. Tachado de «subversivo» por no enseñar «auténtico americanismo», Rugg vio sus libros prohibidos en varios distritos escolares e incluso quemados públicamente por el comité escolar de cierta ciudad de Ohio⁶. Los autores de libros de texto y, en particular, sus editores, suelen hacer todo lo posible por evitar la controversia con el propósito de encontrar los mercados más amplios, pero tal como demuestra el ejemplo de Rugg, las disputas acerca de la verdad histórica acechan continuamente a la vuelta de cualquier esquina.

Los monumentos

A mediados de agosto de 2017, la disputa pública a propósito del destino de una estatua del general confederado Robert E. Lee terminó en un estallido de vio-

5. Stephen A. Kippur, *Jules Michelet: A Study of Mind and Sensibility* (Albany, NY: SUNY Press, 1981).

6. *Time*, vol. 36 (11 de septiembre, 1940): 62.

lencia en Charlottesville, Virginia. Nacionalistas blancos que se oponían a la decisión municipal de retirar la estatua del Parque de la Emancipación (que anteriormente se había llamado Parque Lee) desfilaron con antorchas por el campus de la Universidad de Virginia gritando proclamas que recordaban a la época nazi, y al día siguiente los altercados con manifestantes de signo contrario terminaron en una reyerta general en las inmediaciones de la propia estatua. Un neonazi arrolló con su coche a los contramanifestantes y acabó con la vida de una joven.

Un monumento erigido hace noventa y tres años aún puede despertar poderosas reacciones cuando es visto como el símbolo de algo que produce repulsión, como en este caso el racismo. La estatua de Lee no es algo aislado. Hay banderas y monumentos confederados que son objeto de polémica en varios estados de la antigua Confederación: quienes pretenden que se eliminen los consideran símbolos actuales de la supremacía blanca, mientras que aquellos que se oponen a su retirada rechazan tales esfuerzos como una deliberada reescritura de la historia. Unos días después de los acontecimientos de Charlottesville, antifascistas de Durham, Carolina del Norte, se encargaron de derribar por su cuenta la estatua de un militar confederado.

Pero no solo los monumentos son objeto de polémica en el sur de Estados Unidos. Del mismo modo que hubo estudiantes de la Universidad de Yale que quisieron cambiar el nombre del Calhoun College por ser este el de un político que defendió la esclavitud, también hubo estudiantes en Oxford que hicieron campaña a favor de

la retirada de la estatua de Cecil Rhodes por tratarse de un racista *archimperialista*. Y estas sosegadas versiones de las propuestas de retirada de ciertos monumentos palidecen, desde luego, junto a aquellas que han sacudido otros muchos lugares. Tras la derrota de Hitler, los aliados ordenaron la destrucción inmediata de todos los símbolos nazis; tras la caída de la Unión Soviética, las multitudes derribaron monumentos a Lenin y a Stalin desde Ucrania a Etiopía; una estatua de bronce de Saddam Husein fue desmantelada en 2003 durante la invasión dirigida por Estados Unidos; en 2008 se retiró la última estatua del dictador Franco que quedaba en España, y, por retroceder más de dos siglos, algunos días después de la promulgación de la Declaración de Independencia en 1776, los neoyorquinos derribaron una estatua ecuestre del rey Jorge III.

A veces la destrucción de monumentos es vista como vandalismo. Cuando en Afganistán, en 2001, los talibanes volaron estatuas en piedra de Buda de hace mil quinientos años, o cuando el Estado Islámico de Irak y el Levante (EIIL) dinamitó las ruinas romanas de dos mil años de antigüedad de Palmira (Siria) en 2015, la condena de la destrucción aparentemente absurda de la herencia cultural mundial fue universal. Pero los islamistas declararon que estaban destruyendo ídolos; algo que los vinculaba a una larga historia de iconoclasia, es decir, la destrucción de imágenes, sobre todo si se trata de imágenes religiosas, por motivos religiosos. El término aludió originalmente a los conflictos de los siglos VIII y IX en torno al uso de imágenes religiosas (iconos) en el Imperio bizantino. Los iconoclastas rechazaban la crecien-

te profusión de imágenes en el cristianismo, y en muchos casos las eliminaron o destruyeron. Y durante los comienzos de la Reforma, en el siglo XVI, especialmente en ciudades holandesas, suizas y francesas, las multitudes asaltaron las iglesias y destruyeron estatuas y otros elementos ornamentales considerados idólatras. La historia, así pues, parece proporcionarnos mensajes contradictorios acerca de la retirada de monumentos.

Las ambigüedades derivan de su naturaleza misma. Los monumentos conmemoran o, lo que es lo mismo, recuerdan el pasado y reclaman su veneración. A consecuencia de ello, incluso cuando se supone que son seculares, como la estatua del general Lee, comportan, inevitablemente, una especie de sentimiento religioso. Pero los monumentos siempre se erigen por propósitos políticos; afirman el poder, ya se trate del poder de una iglesia, de una secta, de un partido político o de una causa política, como en el caso de la Confederación. Y a causa de esta relación con el poder, los cambios de afiliación religiosa o de régimen político a menudo conllevan tanto la destrucción como la creación de monumentos. Las iglesias cristianas primitivas de Europa se construyeron sobre los restos de templos paganos o romanos como un modo de proclamar físicamente su superioridad. En realidad, la larga historia de la destrucción de «antigüedades» muestra que la destrucción de monumentos forma parte de la vida misma. (Cabe señalar que el término «antigüedades» no apareció en lengua inglesa hasta el siglo XVI; lo que indica una nueva sensibilidad hacia la aniquilación de los restos del pasado remoto, en este caso restos romanos y griegos).

Las paradojas de la destrucción de monumentos se hicieron claramente manifiestas durante la Revolución francesa (1789). Los propios revolucionarios acuñaron el término «vandalismo» en 1794 para condenar los excesos de ciertos militantes de la Francia des cristianizada que se apoderaron del oro y la plata de los templos, destruyeron las estatuas de los reyes de la catedral de Notre Dame de París y convirtieron las iglesias en templos de la Razón. Algunas iglesias fueron vendidas y convertidas en graneros o almacenes. Los líderes de la Revolución argumentaron que, en tanto que los símbolos del feudalismo y la monarquía podían ser destruidos con legitimidad, aquellos que llevasen inscripciones en latín o cualquier cosa compatible con el espíritu de la igualdad debían ser protegidos. De hecho, los revolucionarios ya habían establecido el primer museo nacional de arte del mundo en el palacio del Louvre en 1793 con obras confiscadas a la corona, a la iglesia y a los aristócratas que habían emigrado. Y, en 1795, fueron también los revolucionarios quienes abrieron el primer museo de monumentos franceses con esculturas y tumbas tomadas de distintos monasterios. En suma, vandalismo y conservación pueden ir de la mano; precisamente el ataque a los monumentos del pasado impulsó a los revolucionarios a pensar en el patrimonio cultural. Los símbolos odiados podían conservarse si pasaban a considerarse obras artísticas.

Con todo, la cuestión de los monumentos nunca queda resuelta de forma definitiva. No podemos conservar la totalidad del pasado, pues nadie quiere vivir en un museo. Pero una parte del pasado ha de conservarse para mantener el sentido de conexión y continuidad en el tiempo. El

problema está en qué debemos conservar, y esa es una cuestión inevitablemente política. ¿Cómo nos vemos a nosotros mismos? ¿A qué pasado nos sentimos más vinculados y qué partes de ese pasado deberíamos preservar? Cada caso concreto debe juzgarse por sus propios méritos, y la investigación histórica proporciona evidencias de importancia decisiva, por ejemplo, en cuanto a los motivos de quienes encargaron y construyeron la estatua del general Lee. Pero las generaciones venideras sin duda volverán a examinar las decisiones. La historia nunca permanece inmóvil, al contrario que la mayoría de los monumentos.

Las controversias sobre los libros de texto

Los libros de texto de historia son revisados continuamente, pero ello no hace sino volverlos más polémicos. Un candidato japonés a gobernador de Tokio sostenía en 2015: «Como nación derrotada, solo enseñamos la historia que nos han impuesto los vencedores. Para volver a ser una nación independiente debemos alejarnos de la historia que nos ha sido impuesta». Y proseguía defendiendo que Japón no había sido el agresor en la Segunda Guerra Mundial, ni había cometido la célebre masacre de Nankín (China) en 1937, ni había obligado a mujeres coreanas a servir como «mujeres de solaz» (esclavas sexuales) de los soldados japoneses⁷. La controversia no era nueva. Diez

7. Rupert Wingfield-Hays, «Japanese Revisionists Deny WW2 Sex Slave Atrocities» (BBC News, 3 de agosto de 2015). Disponible en: www.bbc.com/news/world-asia-33754932.

años antes, en 2005, manifestantes chinos y coreanos protestaron contra las revisiones que contenía un libro de texto preparado por la Sociedad Japonesa para la Reforma de los Manuales de Historia. Argumentando que este minimizaba la culpabilidad de Japón en la Segunda Guerra Mundial, los manifestantes quemaron banderas de Japón y exigieron un boicot a los productos japoneses.

Pero los japoneses no han sido los únicos que han querido distorsionar la historia para obtener un retrato más favorable de su nación. Aunque un estudio de 2011 concluyó que los libros de texto de historia japoneses omitían en gran parte el opresivo régimen colonial que el país ejerció sobre Corea (1910-1945), reveló también que los libros de texto chinos y coreanos se centraban obsesivamente en la resistencia china y coreana a la ocupación japonesa mientras que ignoraban el contexto más amplio de la Segunda Guerra Mundial⁸. Tales males tienen una larga historia. En 1920, una carta al director del *Daily Gleaner* de New Brunswick, Canadá, denunciaba que los libros de texto de historia universal, escritos por autores norteamericanos, que solían utilizarse en las escuelas locales ni siquiera mencionaban la participación de Canadá en la Gran Guerra⁹.

A lo largo de la mayor parte de los siglos XIX y XX, y en muchos casos hasta la actualidad, los esfuerzos por inculcar un sentimiento de pertenencia nacional con fre-

8. Gi-Wook Shin y Daniel C. Sneider, (eds.), *History Textbooks and the Wars in Asia: Divided Memories* (Nueva York: Routledge, 2011).

9. Frances Helyar, «Political Partisanship, Bureaucratic Pragmatism and Acadian Nationalism: New Brunswick, Canada's 1920 History Textbook Controversy», *History Education*, 43:1 (2014): 72–86.

cuencia han requerido algo de maquillaje. Los libros de texto hablaban de triunfos o tragedias nacionales, pero raras veces de los errores o las fechorías de un gobierno o un pueblo. La gran excepción fue la Alemania Occidental posterior a 1945, donde desde edad muy temprana los niños sabían de los crímenes cometidos por el régimen nazi y estos les eran recordados continuamente con visitas a los campos de concentración y a los numerosos monumentos y museos que se encuentran por todo el país. Pero más común es la experiencia reciente de Francia, donde se aprobó una ley en 2005 (derogada con posterioridad) que exigía que en los colegios se enseñase «el papel positivo» desempeñado por las administraciones coloniales francesas. Un estudio de los libros de texto franceses utilizados desde 1998 muestra sin lugar a dudas que, sistemáticamente, estos restaban importancia a la violencia y al racismo de las administraciones coloniales francesas en África¹⁰.

Pese a todo, la crítica francesa a los libros de texto (así como la reacción legislativa contra las lecturas críticas de la historia colonial de Francia) pone de manifiesto que las tradicionales versiones complacientes están siendo puestas en cuestión, y que dicho cuestionamiento no está siendo del agrado de todo el mundo. En Reino Unido, los historiadores ahora llaman la atención sobre el modo en que los libros de texto de tiempos anteriores habían marginado a galeses, escoceses e irlandeses, tra-

10. Raphaël Granvaud, «Colonisation et décolonisation dans les manuels scolaires de collège en France», *Cahiers d'histoire. Revue d'histoire critique*, 99 (abril, 2006): 73–81.

tándolos como meros actores de reparto en una historia abrumadoramente inglesa. Las historias populares de Gran Bretaña solían referirse a «nuestro Imperio»; era una forma de consolidar el imperio como parte de la identidad británica. Y aunque los críticos con el imperio hayan señalado repetidamente sus ejemplos de violencia e injusticia, hasta hace pocas décadas los historiadores británicos no han hecho otra cosa que centrarse en los esfuerzos constitucionales y reformistas de las administraciones imperiales. El reciente interés de los historiadores por los aspectos negativos del imperio no ha hecho más que empezar a ejercer influencia sobre la opinión pública. Una encuesta de YouGov en 2014 reveló que el número de británicos que sentían que el imperio era algo de lo que debían estar orgullosos triplicaba al de los que sentían que era algo de lo que debían avergonzarse; lo mismo que el número de los que creían que los países colonizados por Gran Bretaña mejoraron en lugar de empeorar como resultado de la colonización¹¹. Pero la opinión no cambiaría nunca si los historiadores no desempeñaran una labor de indagación en los archivos capaz de abrir nuevas perspectivas.

Con frecuencia los acontecimientos traumáticos en la vida de una nación producen revisiones importantes del discurso nacional; como ocurrió en Alemania y Japón tras la Segunda Guerra Mundial y en la resaca de la descolonización en Francia y Gran Bretaña. Pero, como de-

11. Will Dahlgren, «The British Empire is 'Something to be Proud of'» (YouGov.co.UK., 26 julio de 2014). Disponible en: <https://yougov.co.uk/news/2014/07/26/britain-proud-its-empire/>.

muestra el lento cambio de perspectiva en estos dos últimos países, pueden pasar décadas hasta que los acontecimientos son procesados por completo. La Guerra de Secesión y la esclavitud en Estados Unidos proporcionan ejemplos excelentes. Los manuales de historia estadounidenses anteriores a la Guerra de Secesión no defendían la esclavitud, sino que presentaban una nación en la que fuerzas antiesclavistas y proesclavistas podían coexistir. Tras la desastrosa guerra, durante décadas persistió esa misma línea acomodaticia en la que los autores culpaban del conflicto a extremistas de ambos bandos. La discusión crítica de la esclavitud apenas apareció en los libros de historia antes de la década de 1960, un siglo después del conflicto.

El movimiento por los derechos civiles de la década de 1960 puso bajo los focos la historia de la esclavitud, pero la transformación fundamental en la educación universitaria que se produjo tras la Segunda Guerra Mundial ya había contribuido a allanar el camino. La proporción de la población estadounidense de edades comprendidas entre los 18 y los 24 años matriculada en escuelas profesionales o universidades aumentó desde el 14% de 1947 al 36% de 1970 y al 54% de 1991. Las puertas se abrieron para grupos sociales que durante mucho tiempo habían estado excluidos de la educación superior; jóvenes de clases bajas, mujeres, judíos, afroamericanos y otras minorías étnicas. La proporción de mujeres matriculadas aumentó desde el 29% de 1947 al 51% de 1979 y al 57% de 2014.

Los desafíos a los discursos tradicionales, centrados en las acciones de la élite blanca y masculina de los líderes

políticos, quizá no fueran una consecuencia automática de estos cambios, pero tal vez sí resultaran predecibles teniendo en cuenta la entrada de mujeres y de estudiantes que no eran protestantes ni blancos en las universidades y, finalmente, su llegada a los departamentos universitarios de Estados Unidos. Las historias de obreros, mujeres, afroamericanos e inmigrantes poco a poco fueron abriéndose camino en los libros de texto a partir de la década de 1960, y desplazando los focos de figuras heroicas como George Washington, Abraham Lincoln o Theodore Roosevelt hacia las contribuciones de esclavos, obreros, mujeres y minorías a la construcción de la nación, que hasta entonces habían sido pasadas por alto. Los historiadores demostraron, por ejemplo, que el supuesto «destino manifiesto» de la expansión por el oeste hasta el Pacífico, una doctrina desarrollada en la década de 1840, había servido para justificar la superioridad racial de los americanos blancos protestantes sobre mexicanos, nativos americanos, judíos y católicos.

Tales cambios en el énfasis y en las interpretaciones enriquecieron a algunos; críticos de los críticos denunciaron que los historiadores se habían obsesionado con lo políticamente correcto y estaban fracasando en su misión de crear un sentido positivo de pertenencia nacional. La indignación en Estados Unidos llegó a su punto más alto a mediados de la década de 1990 con dos acontecimientos que esos críticos consideraron interrelacionados. En 1994, el Museo Nacional del Aire y del Espacio del Instituto Smithsonian propuso exhibir el avión que había lanzado la bomba atómica sobre Hiroshima y proyectó incluir alusiones al debate sobre la justificación moral y

política de la acción. Ese mismo año, un Centro Nacional para el Estudio de la Historia en las Escuelas sostenido por fondos federales propuso establecer unos modelos de historia nacional que reflejaran las nuevas historias de obreros, mujeres, esclavos e inmigrantes que habían ganado consideración desde la década de 1960.

Ambas propuestas fueron recibidas con la misma acalorada indignación. El jefe de la Mayoría del Senado y futuro candidato presidencial Robert Dole lamentó que «educadores y profesores universitarios» se hubieran sumado a «una escandalosa campaña [...] para desprestigiar América». El columnista George Will denunció el «extravagante antiamericanismo de los campus universitarios», y el presidente de la Cámara de Representantes republicano, Newt Gingrich, dijo que la mayoría de los americanos ya estaba «más que hartos de que una élite cultural les dijera que tenían que avergonzarse de su país»¹².

El Instituto Smithsonian retiró la mayor parte de los materiales supuestamente objetables, y los nuevos modelos para una historia nacional fueron descartados, pero los historiadores siguieron revisando los discursos aceptados durante tanto tiempo. Los políticos salieron vencedores de la escaramuza; los historiadores ganaron la guerra cultural. Y hoy no puede publicarse ningún libro de texto sobre la historia de Estados Unidos que nie-

12. Tom Engelhardt y Edward T. Linenthal, «Introduction: History Under Siege», in Edward T. Linenthal y Tom Engelhardt (eds.), *History Wars: The Enola Gay and Other Battles for the American Past* (Nueva York: Henry Holt, 1996), p. 4; Mike Wallace, «Culture War, History Front», *ibid.*, pp. 185, 187.